

Cuentos en verso para niños perversos

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake

loqueleg

Las obras de Roald Dahl no solo ofrecen historias apasionantes...

¿Sabías que un 10% de los derechos de autor* de este libro se destina a financiar la labor de las organizaciones benéficas de Roald Dahl?



Roald Dahl es muy famoso por sus historias y poemas; pero no es tan conocido por su labor en apoyo de los niños enfermos. Actualmente, la fundación **Roald Dahl's Marvellous Children's Charity** presta su ayuda a niños con trastornos médicos severos y en situación de extrema pobreza. Esta organización benéfica considera que la vida de todo niño puede ser maravillosa sin entrar a valorar lo enfermo que esté o su esperanza de vida.

En el **Roald Dahl Museum and Story Centre**, en Great Missenden, Buckinghamshire (la localidad en la que vivió el autor), puedes conocer muchas más historias sobre la vida de Roald Dahl y sobre cómo su biografía se entremezcla con sus historias. Este museo es una organización benéfica cuya intención es fomentar el amor por la lectura, la escritura y la creatividad. Asimismo, dispone de tres divertidas galerías con muchas actividades para hacer y un montón de datos curiosos por descubrir (incluyendo la cabaña en la que Roald Dahl se retiraba a escribir). El museo está abierto al público en general y a grupos escolares (de 6 a 12 años) durante todo el año.



Roald Dahl's Marvellous Children's Charity (RDMCC) es una organización benéfica registrada con el número 1137409.

Roald Dahl Museum and Story Centre (RDMSC) es una organización benéfica registrada con el número 1085853.

Roald Dahl Charitable Trust es una organización benéfica recientemente establecida, que apoya la labor de RDMCC y RDMSC.

* Los derechos de autor donados son netos de comisiones.

LA CENICIENTA

¡Si ya nos la sabemos de memoria!”,
dirán. Y, sin embargo, de esta historia
tienen una versión falsificada,
rosada, tonta, cursi, azucarada,
que alguien con la cabeza un poco rancia
consideró mejor para la infancia...



El lío se organiza en el momento
en que las Hermanastras de este cuento
se marchan a Palacio y la pequeña
se queda en la bodega a partir leña.



Allí, entre los ratones, llora y grita,
golpea la pared, se desgañita:
“¡Quiero salir de aquí! ¡Malditas brujas!
¡Les arrancaré el moño por granujas!”.
Y así hasta que por fin asoma el Hada
por el encierro en el que está su ahijada.
“¿Qué puedo hacer por ti, Ceny querida?
¿Por qué gritas así? ¿Tan mala vida
te dan esas lechuzas?”. “¡Frita estoy
porque ellas van al baile y yo no voy!”.

La chica patalea furibunda:

“¡Pues yo también iré a esa fiesta inmunda!
¡Quiero un traje de noche, un paje, un coche,
zapatos de charol, sortija, broche,
aretes de coral, pantys de seda
y aromas de París para que pueda
enamorar al Príncipe en seguida
con mi belleza fina y distinguida!”.

Y dicho y hecho, al punto Cenicienta,
en menos tiempo del que aquí se cuenta,
se apareció en Palacio, en plena disco,
dejando a sus rivales hechas cisco.



Con Ceny bailó el Príncipe rocks miles
tomándola en sus brazos varoniles
y ella se le abrazó con tal vigor



que allí perdió su Alteza su valor,
y mientras la miró no fue posible
que le dijera cosa inteligible.

Al dar las doce Cený pensó: “Nena,
como no corras la hemos hecho buena”,
y el Príncipe gritó: “¡No me abandones!”,
mientras se le agarraba a los riñones,
ella tirando y él hecho un pesado
hasta que el traje quedó destrozado.
La pobre se escapó medio en camisa,
pero perdió un zapato con la prisa.
El Príncipe, embobado, lo tomó
y ante la Corte entera declaró:
“¡La dueña del pie que entre en el zapato
será mi dulce esposa, o yo me mato!”.



Después, como era un poco despistado,
dejó en una bandeja el chancho amado.

Una Hermanastra dijo: “¡Esta es la mía!”,
 y, en vista de que nadie la veía,
 pescó el zapato, lo tiró al retrete,
 y lo escamoteó en un periquete.
 En su lugar, disimuladamente,
 dejó su zapatilla maloliente.



Como ven, esta historia mejora
 mientras la suerte de Cenya empeora.
 En cuanto salió el sol, salió su Alteza
 por la ciudad con toda ligereza
 en busca de la dueña de la prenda.
 De casa en casa fue, de tienda en tienda,
 e hicieron cola muchas damiselas
 sin resultado. Aquella vil chinela,
 incómoda, pestífera y hedionda,
 no le iba bien a nadie a la redonda.
 Así hasta que fue el turno de la casa
 de Cenicienta... “¡Pasa, Alteza, pasa!”,
 dijeron las perversas Hermanastras
 y, tras guiñar un ojo a la Madrastra,

se puso la de más cara de cerdo
su propia zapatilla en el pie izquierdo.



El Príncipe dio un grito, horrorizado,
pero ella gritó más: “¡Ha entrado! ¡Ha entrado!
¡Seré tu dulce esposa!”. “¡Un cuerno frito!”.
“¡Has dado tu palabra, Principito,
precioso mío!”. “¿Sí? –rugió su Alteza–.
¡Ordeno que le corten la cabeza!”.
Se la cortaron de un único tajo
y el Príncipe se dijo: “Buen trabajo.
Así no está tan fea”. De inmediato
gritó la otra Hermanastra: “¡Mi zapato!
¡Deja que me lo pruebe!”. “¡Prueba esto!”,
bramó su Alteza real con muy mal gesto
y, echando mano de su leal espada,
la descocorotó de una estocada.
Cayó la cabezota en la moqueta,
dio un par de botes y se quedó quieta.





En la cocina Cenicienta estaba
 quitándoles las vainas a unas habas
 cuando escuchó los botes –pam, pam, pam–
 del coco de su hermana en el zaguán,
 así que se asomó desde la puerta
 y preguntó: “¿Tan pronto y ya despierta?”.
 El Príncipe dio un salto: “¡Otro melón!”,
 y a Ceny le dio un vuelco el corazón.
 “¡Caray! –pensó– ¡Qué bárbara es su Alteza!
 Con ese yo me juego la cabeza...
 ¡Pero si está completamente loco!”.
 Y cuando gritó el Príncipe: “¡Ese coco!
 ¡Córtenselo ahora mismo!”, en la cocina
 brilló la vara del Hada Madrina.
 “¡Pídeme lo que quieras, Cenicienta,
 que tus deseos corren por mi cuenta!”.
 “¡Hada Madrina –suplicó la ahijada–,
 no quiero ya ni príncipes ni nada
 que pueda parecérseles! Ya he sido
 Princesa por un día. Ahora te pido
 quizá algo más difícil e infrecuente:
 un compañero honrado y buena gente.
 ¿Podrás encontrar uno para mí,
 Madrina amada? Yo lo quiero así...” .

